

MADO MARTÍNEZ

LA PRUEBA

Una investigación que demuestra
la existencia del Más Allá

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Mado Martínez, 2016
© Editorial Planeta, S. A., 2016
Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Diseño del interior: Diego Carrillo

Primera edición: febrero de 2016
Depósito legal: B. 573-2016
ISBN: 978-84-08-15101-2
Preimpresión: Víctor Igual, S. L.
Impresión: CPI (Barcelona)
Printed in Spain – Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

ÍNDICE

| | |
|--|-----|
| Introducción | 9 |
| 1. Destellos del futuro: la mujer que predijo la muerte de su hijo, y otros casos asombrosos | 21 |
| 2. La morada de los muertos y los seres del Más Allá y el Más Acá: reuniones imposibles y revelaciones inexplicables | 45 |
| 3. ¿Quién cuida de los niños? Las ECM de los más pequeños | 63 |
| 4. Expediente X. Encuentros en la tercera fase: alienígenas en el Más Allá y el Más Acá | 79 |
| 5. Experiencias cercanas a la muerte compartidas | 91 |
| 6. Visiones cercanas a la muerte | 113 |
| 7. Las muertes que sanan: personas que se recuperan milagrosamente tras una ECM | 127 |
| 8. Cuando la muerte te cambia la vida | 153 |
| 9. Los que mueren tres días: ECM entre los mayas ch'orti y otros pueblos indígenas | 163 |
| 10. ¿Por qué los ciegos ven durante una ECM? | 175 |
| 11. Encuentros en la primera fase: ¿ese cuerpo es mío? | 193 |
| 12. Aparecidos | 217 |
| 13. Comunicación cercana a la muerte | 237 |
| 14. Experiencia de mediumnidad espontánea con encargo de recado: la secuela más olvidada de las ECM | 257 |
| 15. Experiencias agradables frente a experiencias desagradables: ¿dos caras de la misma moneda? | 265 |
| 16. Buscar evidencias de la vida después de la vida | 285 |

Anexos

1. Las ECM en la Antigüedad: ¿origen de las religiones del mundo? 313
2. La muerte 325

Mediateca

1. La cine-biblio-disco-teca 335
2. Bibliografía 343

1

DESTELLOS DEL FUTURO: LA MUJER QUE PREDIJO LA MUERTE DE SU HIJO, Y OTROS CASOS ASOMBROSOS

Los supervivientes de una experiencia cercana a la muerte (ECM) jamás vuelven a ser los mismos. Algunos de los regresados no solo experimentan profundos cambios psicológicos, sino que además poseen extraños poderes psíquicos. La mayor parte de los que presentan este extraño efecto secundario de las ECM aseguran que recibieron este don mientras estaban muertos; otros no encuentran una explicación y, simplemente, tratan de deshacerse de este cambio no deseado.

La doctora Mary C. Neal, una cirujana ortopédica estadounidense, sufrió un accidente de kayak mientras se encontraba disfrutando de unas vacaciones en Chile. La embarcación volcó y su cuerpo, atascado, quedó sumergido bajo el agua durante el tiempo suficiente como para tener una ECM que cambiaría por completo su vida, especialmente porque la doctora Neal resucitó con el conocimiento de lo que habría de enfrentar en el futuro, un vaticinio que habría querido que no se cumpliera jamás.

A lo largo de mi carrera he entrevistado a muchísimos supervivientes de una ECM, pero pocas veces me he enfrentado a un caso tan descorazonador y a la vez tan conmovedor como el que le ocurrió a la doctora Neal. Su tránsito por los bordes de la vida y la muerte vino acompañado de algunas revelaciones sobre su futuro y el destino de su familia. Una de aquellas confidencias anunciaba un trágico suceso: su hijo Willie moriría a la edad de dieciocho años.

Después de aquello, siendo todavía Willie un niño, Mary afrontó los años más largos, aquellos durante los cuales vivió con la ahogada esperanza de que la profecía estuviera equivocada, o de que ella podría hacer algo para cambiar la suerte de su hijo. ¿Por qué tenía que morir un muchacho tan extraordinario, sano, lleno de vida y juventud, si ella estaba ahí para evitarlo? Sin embargo, el temido desenlace llegó cuando menos se lo esperaba, y la muerte de Willie selló la profecía.

Pasaron varios años hasta que Mary se atrevió a compartir su experiencia con el gran público en un libro titulado *To heaven and back* (2012), que tuvo gran repercusión en Estados Unidos y México, donde fue invitada a participar en alguna que otra entrevista en distintos platós de televisión, pero pasó prácticamente desapercibido en España, donde se publicó un año después con el título *Mi viaje de ida y vuelta al cielo*.

Me costó medio año conseguir que Mary me concediera una entrevista, y es que hacía ya algún tiempo que ella había dado por concluida la misión de divulgar su mensaje. Nos intercambiamos una serie de correos electrónicos en los que yo, principalmente, me dedicaba a recordarle el enorme interés que me había provocado su historia y lo feliz que me haría poder publicar una entre-

vista con ella en uno de los reportajes que habitualmente realizaba para las revistas *Año/Cero* e *Spectrum Magazine*. Mary se hacía la remolona y se disculpaba por hacerme esperar, y yo, diré la verdad, comprendía que no debía ser plato de gusto para nadie sentarse frente a un ordenador a contestar una serie de preguntas sobre la muerte de tu hijo. Hay cosas que duele recordar y prefieres evitarlo. Tenía que esperar el momento apropiado, y ese día, finalmente, llegó. Me convertí así en la primera española, y hasta el momento, me parece, también la única, que consiguió publicar una entrevista con Mary C. Neal. Pero permítanme que les cuente su historia desde el principio.

La mujer que predijo la muerte de su propio hijo

Año 1999. El verano chileno acogía con los brazos abiertos a Mary C. Neal y a su marido, una pareja estadounidense. No era la primera vez que navegaban en kayak —de hecho, eran expertos en la materia—, pero aquel día esta cirujana de Wyoming iba a enfrentarse a la muerte en el río. Un accidente dramático la dejó atascada en una cascada. Sumergida bajo las aguas, trató desesperadamente de sacar la cabeza para poder respirar, pero comprendió enseguida que no había nada que hacer. Los intentos por rescatarla no fueron efectivos. Sus amigos se dieron cuenta pronto de que su empeño de salvar una vida se estaba transformando en la misión de rescate de un cadáver.

Nada más ahogarse, y a pesar de que su cuerpo estaba atrapado en el agua, sintió cómo salía del río flotando y acudía al encuentro de unos seres maravillosos: «Era como si me hubiera liberado de mi alma. Me elevé y salí del agua y, cuando mi alma atravesó la superficie, me encontré con un grupo de entre quince y veinte almas (espíritus humanos enviados por Dios) que me recibieron con el más grandioso júbilo que jamás hubiera experimentado o hubiera podido imaginar. [...] No logré identificar a cada uno de los seres espirituales por su propio nombre [...]. Pero sí conocía bien a cada uno de ellos y sabía que eran emisarios de Dios y que los conocía desde hacía una eternidad». Mientras tan-

to, sus amigos habían logrado sacar su cuerpo del agua. Estaba hinchado, morado y sin oxígeno. Habían transcurrido nada más y nada menos que catorce minutos desde que su amiga Anne había puesto en marcha el cronómetro. Empezaron a practicarle la reanimación cardiopulmonar, aunque alguno de los presentes incluso llegó a aconsejarles que no lo hicieran, pues si lograban reanimarla solo sería un vegetal. Paralelamente, la cirujana continuaba con su periplo en compañía de aquellos enigmáticos seres espirituales que irradiaban una luz tan potente como para inundar con ella todos sus sentidos, y con los cuales podía comunicarse sin necesidad de hablar. Según la doctora Neal, estaban muy contentos de verla.

Siguió su recorrido acompañada por estos seres de luz, hasta llegar a una especie de salón hermoso, diáfano y resplandeciente. Allí, conforme narraba en su libro, Mary pudo palpar el amor puro, absoluto e incondicional que manaba. «Comprendí que estaba lista para entrar en el salón y anhelé volver a estar junto a Dios. Sin embargo, se interponía un importante obstáculo: Tom Long [un amigo que los acompañó durante el viaje] y sus hijos seguían pidiéndome que volviera. Cada vez que me imploraban que respirara y regresara, me sentía obligada a volver a mi cuerpo y a respirar una vez más antes de seguir mi camino. Esto se volvió tedioso y su insistencia me produjo bastante irritación [...], me enojaba el hecho de que no me dejaran ir. [...] No obstante, antes de que entrara, se abatió sobre mis acompañantes una opresiva sensación de pena y tristeza y la atmósfera se volvió densa. Me explicaron que no había llegado mi momento de entrar en el salón, que mi viaje por la tierra no había terminado, que me quedaba más por hacer y que debía regresar a mi cuerpo».

Efectivamente, Mary regresó, es decir, volvió a respirar. Se había roto las rótulas y los ligamentos de las rodillas. No quiso recibir tratamiento en Chile ni en ningún otro hospital de Estados Unidos que no fuera el Jackson Hole, donde tenía buenos amigos y podría estar con sus hijos, a los que ahora echaba muchísimo de menos. El viaje de vuelta no fue lo más recomendable en su estado. Perdía la consciencia por momentos. Llegó al hospital con una neumonía avanzada y síndrome de dificultad respiratoria aguda:

«Este síndrome es una reacción inflamatoria severa de los pulmones debido a un trauma grave como el de estar a punto de ahogarse, una embolia grasa, neumonía o inhalación de humo. Esta reacción de inflamación del tejido pulmonar suele desarrollarse al cabo de veinticuatro o cuarenta y ocho horas, interfiere en la capacidad de intercambiar oxígeno y a menudo conduce a la muerte. Con tono solemne, mi internista le dijo a mi esposo que probablemente yo no sobreviviría a esa noche», rememoraba en su relato. Sin embargo, antes de permitirle regresar a la vida, los misteriosos seres del «otro lado» le hicieron saber que pronto volverían a ponerse en contacto con ella, cosa que no tardó en suceder.

En el hospital de Jackson Hole, mientras se encontraba tendida en la cama reflexionando sobre el propósito de su accidente, recibió la visita de un «ángel», como ella lo llamó, aunque, como bien reconocería, no sabía qué era, si un ángel, un mensajero o el mismísimo Cristo, aunque sí estaba segura de que venía de Dios. Ni qué decir tiene que Mary tenía y tiene arraigadas creencias cristianas y es lógico que interpretase aquella visita en clave religiosa. El misterioso visitante y ella tuvieron una conversación en la que Mary tomó nota mental de importantes enseñanzas espirituales que, de nuevo, interpretó en clave cristiana. En su segunda visita, este ángel le explicó algunas de las razones por las que había tenido que regresar a la vida. Debía cumplir una misión bien clara: cuidar de la salud de su esposo, ser un apoyo sólido para su familia después de la muerte de su hijo Willie y ayudar a otros a encontrar su camino hacia Dios, así como compartir su relato y experiencias. Le había dicho básicamente tres cosas, pero una de ellas no la esperaba: ¿cómo que debía apoyar a su familia por la muerte de su hijo mayor? ¿Desde cuándo estaba escrito en las hojas del destino que ella conocería el horror de enfrentarse a la prematura muerte de su hijo Willie? Pero aquel ser que conoció durante su ECM fue claro al respecto: el joven moriría a los dieciocho años. Probablemente fue la noticia más triste y sin sentido que Mary recibió en su vida, pero, por algún motivo, no la puso en duda. Muy auténtica debió parecerle la experiencia que tuvo mientras permanecía muerta, pues, al recobrar la consciencia y recu-

perarse, jamás dudó de que era totalmente verdadera y que los acontecimientos futuros que le habían anunciado tendrían lugar irremediabilmente, por mucho que a ella le pesara y no quisiese que sucedieran.

Así pues, la doctora Neal volvió a la vida después de ahogarse en el río, pero no a una vida normal, sino a una existencia en la que vivió algún que otro encuentro con uno de aquellos mismos extraños seres que había conocido en el Más Allá, a los que ella identificaba con los ángeles. «Volví sabiendo que varias cosas iban a suceder, como la futura muerte de mi hijo mayor, y con expectativas sobre cómo debería responder a esos sucesos», me dijo. Saber que su hijo no llegaría a cumplir los dieciocho años fue una pesada carga para ella. Vivir bajo aquella espada de Damocles no era fácil para una madre. Los años fueron pasando, pero, lejos de borrar su angustia, esta iba creciendo a medida que se acercaba la fecha en la que aquel ángel le había dicho que Willie iba a fallecer, de modo que un mes antes de que Willie cumpliera los dieciocho años, la inquietud de su madre se multiplicó notablemente. Un día, su hijo tuvo un pequeño percance automovilístico y, mientras trataba de resolver el papeleo del seguro con el afectado, llamó a su madre para contárselo y pedirle consejo. Willie preguntó al otro conductor si quería hablar con su madre por teléfono. El hombre sacó una pistola. Los momentos que siguieron fueron tensos. Mary, angustiada al otro lado de la línea telefónica, le gritó a su hijo que saliera corriendo de allí, y eso fue lo que el joven hizo. Por fortuna, el incidente no fue a mayores, y ese día no hubo que lamentar ninguna muerte, así que creyó que, a pesar de lo que le había dicho el ángel, Willie no moriría. Mary se convenció de que el destino de su hijo había cambiado porque ella había vuelto de la muerte aquel día en el río, y había estado allí, al otro lado del teléfono, para decirle a su primogénito que saliera corriendo aquel día, salvándole, tal vez, de un disparo mortal. Todavía no podía saberlo, pero estaba profundamente equivocada. Si bien Willie llegó a cumplir los dieciocho, no vivió mucho más: murió al año siguiente mientras esquiaba con su amiga Hilary. La profecía se había cumplido.

¿Cómo podemos razonar esta historia que, se mire por donde se mire, solo apunta a una irremediable explicación? La única hipótesis que tenemos es clara: Mary recibió un conocimiento sobre un hecho del futuro lejano a consecuencia de su ECM. Los seres humanos no podemos predecir esta suerte de sucesos, máxime cuando obedecen a circunstancias arbitrarias, y mucho menos con tanta precisión. Yo, que llevo años investigando toda clase de sucesos misteriosos y poderes extrasensoriales, jamás me he encontrado con un vaticinio tan incontestable y fulminante con relación al futuro de una persona, salvo los enunciados por grandes profetas como Baba Vanga (1911-1996; ciega y muda, predijo la muerte de Stalin, la Segunda Guerra Mundial y los atentados del 11-S). Y créanme, Mary C. Neal no es ninguna profeta. Por tanto, el trance de su muerte tuvo que ponerla en contacto, a la fuerza, con una fuente de conocimiento específico, superior y excepcional, capaz de prever el destino final de una vida. Mary reconoció que no sabía muy bien quién era ese ser que conoció durante su ECM y la visitó posteriormente durante su estancia en el hospital. Ella creyó que podía ser un ángel, o el mismísimo Cristo, algo, definitivamente, con carácter divino, de acuerdo a la idea cristiana que ella tenía de la divinidad.

¿Qué puertas se abren en la antesala de la muerte que hacen que muchos de los que han estado ahí vivan encuentros con seres que les regalan una visión del futuro? ¿Está nuestro destino escrito hasta ese punto? Con estas preguntas, entre otras, se escriben las baldosas del misterio por las que transitamos los seres humanos.

““

Mi entrevista con Mary C. Neal:
confidencias en la distancia

YO. Tuviste un accidente mientras navegabas en kayak durante unas vacaciones en Chile, y experimentaste una ECM en la que aseguras que estuviste en un lugar que identificas claramente con el cielo, con Dios y con ángeles. ¿Es el Más Allá un paraíso cristiano?

- M. Las ECM ocurren en todas las culturas, en todos los sistemas de creencias, e incluso se dan entre ateos. De hecho, el cincuenta por ciento de los ateos se encuentran con Jesús durante su ECM. La mía fue una experiencia cristiana, pero jamás me atrevería a decir cómo es la experiencia en el umbral de la muerte de otra persona. Lo que sí sé, sin embargo, es que Dios nos ama a todos y cada uno de nosotros de forma intensa y eterna, sin importar quiénes somos y cuáles son las circunstancias de nuestro nacimiento.
- YO. Antes de experimentar la ECM, ¿creías que había algo más después de la muerte o eras escéptica cuando escuchabas este tipo de relatos similares al que viviste?
- M. Antes de pasar por mi ECM habría dicho que creía en Dios y que tenía la esperanza de que hubiera algo más tras la muerte, pero era definitivamente escéptica en lo que concierne a los relatos de ECM. Siempre he sido una persona realista, y lo cierto es que me mostraba escéptica e incluso sospechaba que esas personas que tanto proclamaban que habían tenido una ECM podían tener intereses ocultos.
- YO. ¿Qué se siente al morir?
- M. Siempre creí que ahogarse sería una forma terrible de morir, pero para mí fue algo indoloro, sin temor, pacífico. No sentí en ningún momento miedo o ansias de aire. No sentí ningún dolor, a pesar de que mis piernas estaban rotas. Me sentía de maravilla.
- YO. ¿Cómo es el cielo que tú conociste? ¿Qué viste allí?
- M. No tengo palabras para describir adecuadamente cómo es el cielo. Es como si intentara describir un mundo tridimensional usando un lenguaje bidimensional. Dicho esto, lo que puedo decir es que estaba lleno de belleza, y de unos colores más vivos e intensos de lo que jamás hayamos podido experimentar en la tierra. Podía «ver» todos los colores del arcoíris y más, todo al mismo tiempo. Era como si pudiera ver, sentir, experimentar y entender la esencia de los colores y los aromas. El olor de las flo-

res era igualmente grandioso e intenso, y todo allí parecía eclosionar con un amor de Dios gozoso, completo, penetrante y envolvente. Creo que Dios nos envía a sus más dulces mensajeros a recogernos en el momento de morir y nos habla a cada uno con formas que podamos entender y apreciar. Por ejemplo, todos los que viven una ECM describen grandes bellezas, pero los detalles de esa belleza varían de persona a persona, como sucede en la tierra. Yo soy sensible al color, las flores, los aromas, etcétera, así que esa es la belleza que yo describí en mi ECM. Otra gente es más sensible a la música o los animales, y eso es lo que cuentan que ven. Todos nosotros estamos refiriéndonos, al final, al amor envolvente y palpable de Dios.

- YO. He entrevistado a muchas personas que tras una ECM han regresado a la vida con aptitudes psíquicas especiales, e incluso con una visión del futuro, como creo que te pasó a ti también, ¿verdad?
- M. Yo volví sabiendo que varias cosas iban a suceder, como la futura muerte de mi hijo mayor, y expectante sobre cómo debería responder a esos sucesos.
- YO. ¿Por qué decidiste compartir una historia tan íntima con el gran público?
- M. No es algo que hubiera hecho en circunstancias normales, la verdad. Mi marido y yo siempre hemos sido muy recelosos con nuestra privacidad, es cierto que no sé nada de escribir y tampoco me he sentido nunca cómoda hablando en público. Cuando me enviaron de regreso a la tierra, sin embargo, me ordenaron compartir mi experiencia con otras personas, entregarme a los demás de esta manera, ayudando a otros a convertir su esperanza o fe en las promesas de Dios en algo que pudieran creer como la más absoluta verdad. Escribir mi libro fue obedecer a Dios, hacer lo que Él esperaba de mí. Continúa siendo una historia muy personal y en ocasiones es doloroso compartirla, pero también es, al mismo tiempo, un gran privilegio poder ayudar a los demás en esa transformación.

YO. Como médico y cirujana, ¿tienes alguna teoría científica sobre las ECM?

M. Pasé mucho tiempo examinando los detalles de mi accidente; examinando el historial médico; escuchando a aquellos que estuvieron en el lugar del accidente en Chile y a los que estuvieron en la sala de urgencias; investigando sobre el proceso de morir. Consideré atentamente las posibilidades de que mi experiencia pudiera ser fruto de un sueño, una alucinación como resultado de anoxia, o del efecto químico de un cerebro moribundo, con la consecuente liberación masiva de neurotransmisores. Leí mucho también sobre ECM. Y después de analizar todo aquello, llegué a la conclusión de que mi experiencia estaba más allá de los límites de la medicina y la ciencia.

YO. ¿Estás deseando morir?

M. No temo a la muerte y, sí, espero con ansia el día en el que se acabe mi tiempo aquí. Jamás aceleraría mi muerte porque sé que, como todos los que estamos aquí, tengo más trabajo que hacer en la tierra. Sin embargo, uno de los sentimientos más embriagadores que tuve durante el tiempo que estuve en el «cielo» fue el de sentir que estaba «en casa», y definitivamente espero con anhelo el día en el que mi trabajo aquí se termine y pueda regresar a casa de nuevo.

YO. Las ECM son un tema muy controvertido. ¿Crees que llegará el día en el que la ciencia pueda probar la existencia del Más Allá, o que jamás será posible probar hechos espirituales con herramientas materiales?

M. Creo que los temas espirituales están fuera del alcance de la ciencia y la medicina. Pienso que nuestras observaciones en materia de muerte y ECM pueden aportarnos más detalles, pero seguiremos sin contar con una prueba definitiva. Y lo cierto, Mado, es que hay un poder implícito en el hecho de elegir creer en algo sin necesidad de verlo. En cuanto a las evidencias sobre la vida después de la muerte, no obstante, creo que son muchísimas. Los sistemas judiciales determinan la culpabilidad o inocen-

cia de un criminal basándose en el testimonio de uno o dos testigos. Hay cientos de miles de testimonios de ECM. ¿Cuántos más hacen falta para ser suficientes? No creo que los científicos sean personas diferentes a las demás, pero sí que hacen gala a veces de una arrogancia intelectual con relación a que si somos lo suficientemente inteligentes podemos entenderlo (y controlarlo) todo; de cierta pereza (lleva tiempo y esfuerzo recopilar datos) y de miedo (si realmente existe un Dios y hay vida después de la muerte, entonces debemos rendir cuentas de nuestros actos, nuestro comportamiento, cómo tratamos a los demás y cómo gastamos cada momento de nuestras vidas). Los seres humanos tratamos de controlar lo que no entendemos.

- YO. ¿Dirías que eres una persona diferente tras aquel episodio en el que cruzaste el umbral de la muerte?
- M. Me gusta pensar que era «buena» persona antes de mi ECM, así que espero no haber cambiado de forma profunda, pero ciertamente he experimentado un gran cambio a nivel interno. La realidad de Dios, de la vida después de la muerte, y la confianza en su promesa cambian la forma en la que vivo cada momento. Vivo en un estado constante de gratitud y oración, dando gracias y dejándome guiar por Dios. Intento decir «sí» adonde creo que estoy porque debo estar, en lugar de buscar motivos para decir «no». Acepto que no siempre voy a saber la respuesta a los porqués, confío en los planes de Dios para cada uno de nosotros... Intento ver siempre el reflejo del amor y la belleza de Dios en los demás. Todavía soy una persona muy organizada y planifico a conciencia mi futuro, pero lo hago con flexibilidad, sabiendo que, tal vez, Dios tenga otros planes para mí.

”